



TEXTOS Y FOTOS



Ali Barinaga
(Markina-Xemein)

Ali Barinaga. Profesora de idiomas, dedica su tiempo libre a la montaña y a escribir sus impresiones, habiendo realizado rutas y coronado cumbres en macizos de Euskal Herria, Pirineos, Picos, Alpes y diversas islas.

Monte Santo Antonio

BOA VISTA CABO VERDIANA ÑA ISLA DEL MORNA

Boa Vista, apodada "ña Isla del Morna" por su género de música tradicional, esconde algunas maravillas en bruto de no mucha verticalidad pero que merecen ser pateadas. Situada en la parte oriental del archipiélago de Cabo Verde, forma parte de las Islas de Barlovento. En total son diez grandes y cinco menores, todas ellas volcánicas que pertenecen a la ecorregión de Macaronesia junto con otros archipiélagos como son las Azores, Madeira y las Canarias. Se trata de una isla de población africana muy pobre en recursos, cuyas humildes construcciones contrastan obscuramente con los resorts hoteleros, producto de un rico atractivo en playas, acompañado del buen clima durante todo el año.

La posibilidad de visitar esta cautivadora isla surgió con corto plazo para planear rutas alternativas, porque a pesar de que el fugaz viaje pintaba de "piscina-coc-tel-bikini y snorkel", no nos resignamos a dejar los bastones y las botas en casa. Sin embargo, al llegar, fue una decepción encontrarnos con que la movilidad para este plan en "Bubista", como llaman a la isla en su idioma criollo, era un tanto complicada.

Aislados en un terreno desértico y agobiados por el machaque engañoso de las tou-roperadoras mayoristas como única opción, iba a ser dificultoso y costoso movernos por nuestra cuenta. Preguntando por aquí y por allá, habíamos deducido que el transporte público escaseaba en la zona. Además, la señalización escasa en las precarias carreteras hizo que descartáramos el alquiler de un vehículo. Aun así, no nos dimos por vencidos y al cabo de un par de días, por tozuda alma montañera, dimos con alguien que estaba dispuesto a llevarnos hasta los destinos planeados: el monte Santo Antonio, el Odjo d'Mar y el Cabo de Santa María.

Jo se convirtió en nuestro taxista, guía y ángel de la guarda durante tres días. Originario de la vecina isla de Fogo e interesado en conocer rutas de senderismo del lugar, enseguida se prestó a acompañarnos a pesar de la dificultad para comunicarnos. El *kriol* es el idioma más oído allí, pero no es oficial. Lo es el portugués, por el pasado colonial de las islas, y Jo sólo hablaba estos dos.

SANTO ANTONIO (8,5 km | 379 m, circular)

Visible desde muchos puntos por su característica chimenea destacando en su cima, este inhóspito monte de sólo 379 m de altura es el segundo más alto de la isla después del Monte Estancinha (387 m). Lo fichamos porque forma parte de un área natural protegida por su valor geológico y geomórfico.

Calculamos que su acceso más cercano era desde la carretera principal del oeste y, como no existían indicaciones, tuvimos que arreglárnoslas para entrar en un desolado páramo tanto como nos permitieron aquellos caminos escabrosos. Un paisaje llano, de colores ocres, manchado de verdes acacias que suponían un regalo para los numerosos



Escultura natural en ladera de Santo Antonio

burros silvestres que por allí merodeaban. Aun siendo muy temprano, el sol empezaba a calentar con fuerza ya al salir del coche.

Santo Antonio forma parte de un área natural protegida y es el segundo monte más alto de la isla

Recorrimos unos cuantos kilómetros hasta la base y, ante la gran mole de tierra y roca, a ojo decidimos cuál iba a ser nuestra ruta porque las señalizaciones brillaban por su ausencia. Jo nos explicó que no existían este tipo de alternativas senderistas en la isla hasta el momento, pero él deseaba poder dedicarse a este tipo de turismo en un futuro. En una ocasión subió el Pico do Fogo, volcán de 2829 m en su isla y lo contaba con orgullo. Decidimos atacarlo por la cara sur en diagonal hacia el este a pesar de no ver ninguna canaleta clara para salvar la oscura masa rocosa de la cumbre. Si llegábamos al propuesto destino bajaríamos luego hasta la Capilla de Santo Antonio, formando una circular. Un lugareño nos había hablado de un posible camino que partía desde la capilla hacia la cima, por lo que la vuelta sería más sencilla.

Primero en un fácil piso de tierra rojiza fuimos ganando altura sin dificultad. Luego, la marcha se fue ralentizando sobre

un terreno más complicado de grandes piedras. Además de éstas, curiosamente esta ladera estaba salpicada de enormes rocas redondeadas que parecían haberse desprendido, y ahora ancladas, por el tiempo y la erosión se habían convertido en caprichosas esculturas naturales. Cada una merecía una foto.

La vegetación, ya marchita, dejaba abundantes tallos secos de hierbas y arbustos que crujían bajo nuestros pasos. En la época de lluvias, el monte Santo Antonio adquiriría un bonito color verde claro. Nos llamaban la atención aquellos frutos amarillos redondos como melones pequeños que veíamos desparramados por aquel páramo tan árido y agreste. Avanzábamos con difi-

Chimenea del monte Santo Antonio





Mirador oeste del monte Santo Antonio

cultad queriendo encontrar algún rastro de senda a seguir, pero en más de una ocasión tuvimos que dar marcha atrás buscando algún otro paso que no diera a un barranco.

Quedaban pocos metros de altitud, pero los más complicados, por lo que tanteamos varios posibles avances en trepada. En uno de esos amagos, tras unos arbustos, de repen-

te una bandada de *galhinas de Guinea* echó a volar torpemente por nuestra intrusión en su hábitat. Eran unas aves grisáceas bastante grandes, las únicas permitidas para la caza, nos dijo nuestro guía.

Por fin, muy cerca de la chimenea parecía haber una canal de unos metros de trepada sobre roca basáltica desde la que podíamos acceder a un collado. Antes paramos a descansar, beber y comer algo, llevábamos ya tiempo sudando bajo el sol. Disfrutamos unos minutos del maravilloso escenario en el que nos encontrábamos. Además de la curiosa vista del contorno de la isla a nuestros pies, detrás se alzaba la impresionante mole volcánica ligeramente inclinada en forma de torre. El pensar que ya quedaba poco nos animó con la trepada y, ayudándonos con manos y pies, logramos llegar hasta un chaflán que daba al cuello. Aquí, salvando una extraña vegetación de lianas entrelazadas y esquivando profundos agujeros entre bloques gigantes, llegamos a una inmensa mesa cuadrada de piedra con pequeños pedruscos encima que hacían de vértice geodésico. Nuestra satisfacción quedó reflejada en una instantánea con temporizador.



La vegetación, ya marchita, dejaba abundantes tallos secos de arbustos que crujían bajo nuestros pasos

Pero merecía la pena seguir recorriendo esta cima que se alargaba, ya que, en el otro extremo, intuíamos, nos esperaba un espectacular mirador. Ya caminando en llano, al abrigo de las imponentes rocas de la cima cubiertas de anaranjados líquenes secos, sentimos de frente el alivio de la brisa del oeste. En nuestra parada final, un alucinante balcón entre rocas oscuras nos deleitó con sus vistas. Destacaban Morro d'Areia con el mar azul de fondo y las Dunas de Chaves, de arena blanca. Al norte, el desierto de Viana al lado del aeropuerto Rabil y, más allá, en la costa veíamos Sal Rei, la capital.

Después de este chute panorámico volvimos sobre nuestros pasos hacia el este. Aunque tercios por encontrar alguna señal del camino hacia la capilla, no hubo suerte y tuvimos que buscar otra canal sin peligro que nos permitiera bajar por la arista este. Descartamos varias aberturas verticales antes de dar con una bajada bastante holgada. Y así, trotando sobre sorprendentes terrenos de diversos colores topamos con un hito, por fin. Otro más adelante nos confirmaba que por ahí pasaba la ruta "oficial". A lo lejos veíamos la ermita de Santo Antonio, solitaria y desamparada en la vasta llanura. No se veía ni un alma.

EL ODJO D'MAR (10 km, circular)

Contradiendo su nombre salado, el Odjo d'Mar es un pequeño lago natural dulce rodeado en parte por una pared rocosa y vegetación tropical, que contrasta con un áspero terreno desértico. Como un oasis en medio de la nada. La ruta parte de Cabeço dos Tarafes, municipio situado en el este de la isla. Para llegar a este punto atravesamos coloridos pueblos africanos del interior cuya visita, afortunada o desafortunadamente para sus habitantes, no se ofrece como actividad turística.

En esta ocasión también empezamos a caminar temprano evitando así el ca-

lor de las horas centrales. Partimos de una llana senda de tierra y piedras bien marcada que durante casi una hora nos dejó percibir la esencia de aquel paisaje tan silencioso y desabrigado. En cuanto llegamos al pie de unas colinas el camino desapareció y si no llega a ser por la cobertura del móvil de Jo, no nos habríamos atrevido a dar un paso más. Tal era la sensación de desamparo. Ni la presencia de los burros salvajes servía de consuelo.

Ya colina arriba tímidamente se vislumbraba una senda que nos llevó a un pozo de agua en forma de arco vertical. Más tarde dimos con un bebedero hecho de metal que recogía el agua de la lluvia permitien-



Vivienda típica en Cabeço dos Tarafes

do al caminante refrescarse. Pero eso sería en los meses de septiembre y octubre. Ahora estaba seco. Cada año llueve menos hasta darse el caso de llover solamente durante una semana al año.

Lago Odjo d' Mar





Zigzagueamos por el cañón seco, entreteniéndonos con las formas geológicas en su lecho arenoso de cantos rodados

Desde la cima de otra colina ya divisábamos una gran hendidura en el terreno donde se sospechaba que estaría el Odjo,

así que seguimos la marcha. Pronto nos dimos cuenta de que nuestra senda llevaba a la parte alta de la cascada por lo que tendríamos que descender para bajar hasta el lago. Y acercándonos cada vez más, veíamos ya el agua verde esmeralda. Una vez alcanzado nuestro destino nos sentamos a admirarlo. Aunque ahora el caudal de la cascada era inexistente, sin duda, se trataba de una poza verde escondida, de una belleza distinta, algo fuera de lo común

en una isla donde predominaban las arenas blancas. No era difícil imaginarlo en todo su esplendor en el período de lluvias, porque el cauce del río, totalmente seco ahora, era ancho y estaba lleno de enormes pedruscos en algún tiempo arrastrados por las aguas. Decidimos recorrerlo y ya encontraríamos luego el camino al pueblo campo a través si era preciso. Y mereció la pena zigzaguear por el cañón seco, entreteniéndonos con las multicolores formas geológicas en su lecho



Playa de Fundação Tartaruga

arenoso de cantos rodados y paredes basálticas. En definitiva, una ruta circular fácil, de poco desnivel, donde aventura y deleite fueron de la mano.

EL CABO DE SANTA MARÍA (18 km, circular)

El itinerario, todo prácticamente en llano, puede hacerse desde Sal Rei, la capital de Boa Vista, y en dirección nordeste



Carcasa del Cabo de Santa María

llega al cabo de Santa María situado en el norte de la isla. Pero nosotros optamos por empezar desde la carretera que une Rabil con Sal Rei. Inicialmente caminamos varios kilómetros sobre un cómodo sendero arenoso que nos llevó hasta el punto más atractivo de la ruta. Una inmensa playa con una fascinante estampa, la carcasa del Cabo de Santa María sobre las aguas transparentes. Este misterioso enclave debe su nombre al carguero español así bautizado que en el año 1968 quedó varado en un banco de arena en la playa de Atalanta. Fuente de inspiración para pintores y fotógrafos, se ha convertido en un símbolo turístico de Boa Vista, además del mantra 'No stress' que se repite en todos los rincones y souvenirs de la isla. Hoy en día, queda un amasijo roñoso de la estructura del buque debido a la corrosión, que asemeja al esqueleto de un animal fantástico salido de las aguas.

Después de las obligadas fotos, continuamos hacia el oeste, en dirección a la capital a lo largo del camino trasero que acompañaba en todo momento a la playa. Enseguida llegamos a la Fundación de Tortugas denominada Boa Esperança, donde personas voluntarias explicaban su proyecto para proteger a estos curio-

sos animales marinos. Aprovechamos la parada para beber y comer admirando este paisaje paradisíaco y, más adelante, después del panel de Reserva Natural, seguimos la ruta hacia la capital. Ya muy cansados del esfuerzo con aquel calor decidimos visitarla otro día por lo que, una vez pasado el cementerio, cogimos la Via Pittoresca a mano izquierda, que en unos kilómetros nos llevó hasta el coche.

En definitiva, conocer y entender un poco más la idiosincrasia de esta tierra, también llamada la Isla Bonita de Cabo Verde, no habría sido posible sin la idea del senderismo, que fue sin duda el vínculo que nos conectó con su gente.

INFORMACIÓN DE INTERÉS:

Pombo A. *Cabo Verde fuera de ruta*. Ed Anaya Touring. 2018.
<https://www.boavistaofficial.com>

Cayucos en la playa de Sal Rei

